

8. Las dos estaban vivas

MADRID 1936

Miguel volvió a despertarse y, al sentirse junto a su mujer y a su niña, vio que estaban realmente vivas, que no era una fantasía. Poco le importaba tener su casa medio en ruinas y dormir en el suelo sobre esa colchoneta. Estando bien los tres, todo se iría arreglando. Así que ... regresó a sus sueños.

Le volvió el sabor de aquella cena del 19 de noviembre. A Carmen le había quedado la tortilla de patatas jugosa y dorada, como más le gustaban tanto al padre como a Clarita. El poco pan acompañó a una fina loncha de queso y, por si fuera poco, todavía les había conseguido de postre un trocito de carne de membrillo. Vamos, que si para Navidad lo podían igualar, ya se podían dar con un canto en los dientes.

Como a él le tocaba turno de noche en la Telefónica, se ocupó de acostar antes a la pequeña para que se durmiese más tranquila. Al poco rato se despidió de Carmen y con su termo de café recorrió la escasa distancia que había entre aquél enorme edificio y su antiguo quinto piso en la calle de Fuencarral. Sabía que en esos momentos su cantidad de trabajo iba a depender, más que nada, de las muchas llamadas que se hacían cuando se les venía encima uno de esos bombardeos. Aquellos moscardones invisibles los soltaban también de madrugada y en el centro de la ciudad.

Tras unas primeras horas bastante tranquilas, no podía creerlo: primero algunos cañonazos lejanos y, algo más tarde, ya está aquí el puñetero ruido de las "pavas" y cada vez más cerca. Pero...¿qué les hemos hecho? Se oyen sirenas, tiene que coger la linterna y

tras una primera explosión cercana, otra más acompañada de un fognazo que hace temblar hasta el suelo. ¡Carmen, Clarita! Abre la ventana y se le mete una gran polvareda que viene desde su calle. ¡No, a ellas no!

Baja casi rodando las escaleras y al intentar acercarse a su casa, los escombros del edificio colindante se lo impiden. No se ve casi nada, vienen gritos de abajo que hielan la sangre, van apareciendo vecinos que quieren ayudar pero casi todo lo que tocan les quema. Miguel lo que quiere es llegar a su mundo, a su vida, sube por encima de los cascotes y observa que el muro de separación de su casa está medio caído. Intenta subir, pero más allá de la cuarta planta no queda ni un peldaño.

¿Habéis visto a mi mujer y a la niña? Nadie sabe nada, ve que van sacando cuerpos y al destapar sus caras siempre lo mismo: bocas y nariz repletas de tierra y esos brazos y piernas que se descuelgan al moverlos.

Entre maldiciones y llantos busca cualquier viga, cuerda, lo que sea para trepar por el hueco de la escalera y aparece Ma-

rriano, el viejo portero de enfrente que le conoce desde que nació. ¡Miguelín apártate de ahí que se te va a venir todo encima.. anda .. vente para acá! ¿No sabes que en cuanto he oído los cañonazos, y por eso de que en este barrio casi siempre dan en lo alto, me he bajado a tus chicas a casa?

Aquella portería estaba abarrotada de colchonetas y gestos de terror. En un rincón Carmen abrazaba a su niña, saltaron las dos hacia él y se dieron cuenta que todo era así de verdad, que no estaban soñando.

Vicente GONZÁLEZ VICENTE



MÁNDANOS TU OPINIÓN, QUEREMOS MEJORAR TU REVISTA.